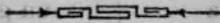




DOÑA GABRIELA ALTUBE.



En Burgos, ciudad famosa,
córte un tiempo de Castilla,
vivía Gabriela Altube,
claro honor de su familia.

Desde sus años primeros
dado el corazón había
á D. Lope de Arimanza,
tierna, cariñosa y fina.

Mas los padres de Gabriela,
caso de Lope no hacían;
sino de D. Juan Rubel,
que á obtener su mano aspira.

Don Lope, aunque no era pobre,
jamás competir podría
con D. Juan sino en virtudes,
riqueza mas esquisita.

Mas de Gabriela, á los padres
la avara ambicion domina;
y á D. Juan dan su palabra,
sin consultar con la hija.

Resuélvese el casamiento,
y á Gabriela se lo intiman;
quien al oír nuevas tales,
queda mas muerta que viva.

Mas como está acostumbrada á una obediencia sumisa, á replicar no se atreve, y la boda se aproxima.

Solo en su interior Gabriela cierto proyecto maquina, que una mujer despechada, no hay planes que no conciba.

Llega la boda por fin, y á la iglesia se encaminan; alegre D. Juan y ufano, ella triste y pensativa.

Don Lope, que nada ignora de cuanto le sucedia, en el templo les aguarda, y á turbar la fiesta aspira.

Véle al entrar Gabriela, y en su llanto sumergida, un desmayo su hermosura con sombras de muerte eclipsa.

Don Lope se acerca entonces, y así animoso se esplica: «padres crueles é inhumanos, merones de vuestra hija.

»Padres mas duros que el bronce, »considerad las desdichas »que á vuestra hija preparais »con la boda de este dia.

»Y vos, mi injusto rival, »pues mirais que os desestima »la inocente Gabriela, »desistid de vuestra intriga.

»Que si intentais, temerarios, »proseguir vuestra porfía, »antes que á ella deis la mano, »os he de quitar la vida.»

Don Juan, que oye estas palabras, ciego allí, en la iglesia misma la espada contra D. Lope desnuda con demasia.

Al tropel acuden todos, mucha gente se amotina, y vuelve en sí Gabriela, así el rumor pacifica:

«Yo soy, le dice á D. Lope, »tu fiel Gabriela querida, »y por nada en este mundo »á tu afecto faltaria.»

»Mas aunque vengo á la iglesia, »no tengas, D. Lope, envidia, »á la dicha de D. Juan; es mejor »pues mas que dicha es desdicha.

»Que no he salido de casa, »sin estar bien prevenida »para darte de mi amor »la prueba mas exquisita.

»Esta prueba es un veneno »que ya en mis venas camina. »Y...—¿Qué dices, hija amada?» dice su madre afligida.

Estremécese su padre al escuchar tal noticia; y ambos en llanto anegados la sacan del templo aprisa.

Llévanla á casa al instante, y medicinas activas todo el veneno le arrancan, de hombres sábios asistida.

Arrepentidos sus padres, con la promesa la animan de que será de D. Lope, por mas que D. Juan insista.

Con esta dulce promesa y las prontas medicinas, enteramente curada se encontró á muy pocos dias.

Pero nos falta esplicar que ardiendo en celosa ira D. Juan, de la iglesia sale y á D. Lope desafía.

Que se embisten en el campo, y con rabiosa porfía darse la muerte pretenden, que solo furor respiran.

Que la noche oscura llega, y la disputa reñida todavía está siguiendo, sin que ninguno desista.

Y D. Juan mas venturoso un golpe acertado tira, que D. Lope cae al suelo, gritando: ¡Virgen Maria!

Y D. Juan muerto le juzga, que huye á su casa con prisa, y letras y oro recoge, y á Portugal se encamina.

Que hallándose en aquel reino, como allí la guerra ardía, con los moros africanos á las armas se dedica.

Que á la expedicion primera que para Africa partia, procuró escapar de Europa, recelando por su vida.

Don Lope herido en el campo,
perdido la suya habria
si unos buenos labradores
no le encontraran por dicha.

Estos que acaso pasaban,
reparando que aun vivia,
la sangre le restañaron
y le curaron la herida.

A casa se lo llevaron
dando aviso á la justicia,
y se hizo público el caso
y del contrario la huida.

Gabriela con sus padres
luego á D. Lope visitan,
y esto le hace mayor bien
que todas las medicinas.

Llega por fin á curarse,
y al cabo de algunos dias
á la misma iglesia vuelven,
aunque por boda distinta.

Que á D. Lope dá la mano
entre gozos y alegrías,
y de aquella feliz boda
mil bienes se vaticinan.

Pero como la fortuna
no es siempre á un hombre propicia,
nace á veces la desgracia
donde menos imagina.

Al cabo de poco tiempo
en Roma murió una tia,
y Gabriela entró heredera
de toda su hacienda rica.

Por esto á Cádiz se van,
y en un buque que partia
se embarcan, y desde aquí
todo su mal se origina.

Pues estando en alta mar,
vientos contrarios respiran,
y un temporal á la nave
la estrella junto á Sicilia.

En una lancha se salvan
Don Lope y su dulce amiga,
y á discrecion de las ondas
lentos de mil sustos giran.

Cálmase el mar finalmente,
y una fragata vecina
del comercio de Alemania
los recoge compasiva.

Y esto fué su mayor mal;
porque mejor le seria
acabar entre las olas,
que sufrir peores desdichas.

Una fragata de Arget
se les echa al punto encima,
y al cabo de un cruel combate
los apresó y los cautiva.

A Arget se los lleva al punto,
y llegando á pocos dias,
tanto esclavos como esclavas
son en público vendidas.

Los dos compra un renegado,
y á su palacio les guía,
donde la triste Gabriela
llora, gime, ansia y suspira.

Hace bien de suspirar,
y otros gemidos daría
si de su amo conociese
el furor y la malicia.

Éste le dice á Gabriela:
«ha llegado al fin mi día,
»vil mujer: yo soy D. Juan,
»que solo á vengarse aspira.»

«¡Vos D. Juan!...» dice Gabriela
pasmada y estremecida,
y del mismo horror D. Lope
se apodera á tal noticia.

«Sí, D. Juan soy, dice el moro;
»y tú á quien muerto creía,
»pues en mi poder estás,
»tiembla al rigor de mis iras.

»Yo del Dios de los cristianos
»he renegado hace dias:
»y me protege Mahoma,
»pues os trae á casa mia.

»Gabriela irá á mi serrallo,
»para que á mi gusto sirva;
»tú á mi jardin, á labrar
»con pan y escasa comida.

»Y para mas afrentarte,
»sabe que esta noche misma,
»aunque esta tu esposa sea,
»será á tu despecho mia.»

Esto dice y transportado,
mas que de amor, de lascivia,
estrecharla entre sus brazos
ante D. Lope queria.

Ella de horror retrocede,
él, ciego, la solicita,
D. Lope en celos se abrasa,
y la venganza le anima.

«No esperes, le dice airado,
»conseguir lo que maquinás;
»que si á tanto te arrojaras,
»ha de costarte la vida.»

Ciego el renegado entonces,
el alfanje corvo tira,
diciendo: «aquí de la tuya
«será mi acero homicida.»

Mas viendo Lope que el sable
á su cuello dirigia,
al suyo valiente se echa,
y el golpe con maña evita.

Quiere el moro deshacerse,
los dos se estrechan con ira,
y abrazados en el suelo
su mismo ardor los derriba.

Por mas que Lope se esfuerza,
el Moro se tiene encima,
y á sacar corre el puñal
que siempre al pecho traia.

Pero como al dar en tierra
caido el puñal se habia,
con él le dá Gabriela
estocadas repetidas.

Muerto queda el renegado,
cuando triunfar imagina,
y con su muerte Gabriela
á Lope del riesgo libra.

Otro moro entra allá entónces;
pero la mano divina
aquí muestra su poder
y providencia infinita;

Que este moro ocultamente
ser cristiano pretendia;
y así, en lugar de prenderles,
los protege y apadrina.

«Natural es la defensa,
«les dice; mas huid aprisa,
«que si ós llegan á coger,
«no hay remedio á vuestras vidas.

«Este bolsillo tomad,
«y Dios piadoso os asista;
«que si él oye mis plegarias,
«yo seré cristiano un día.

«Esta puerta al campo sale;
«la noche ya se avvicina,
«huid, y rogad por mí,

«que Dios me salve y dirija.»

Bien puede el lector pensar
con qué gozo y alegría
del riesgo en que se miraban
los dos esposos huirian.

Toda la noche anduvieron
buscando costa marina;
y en un bosque se fijaron
que un desierto parecia.

Como estaban junto al mar,
de pesca se mantenian,
rogando á Dios que guiasen
barco español á aquel clima.

Por fin pása una fragata
que á España se dirigia;
y ellos de lo alto de un monte
le hacen señas repetidas.

Con zumo de yerba negra
escrito á una peña habian
que los recojais suplican.

Eran tan grandes las letras
que de lejos se veian;
pero solian taparlas
cuando algun riesgo ocurria.

Cuando la fragata vieron
que cerca de tierra iba,
con española bandera
el letrero descubrian.

Viéronle de la fragata,
y aunque en costa tan maldita
engaños siempre recelan
de la partida morisca,

Una lancha despacharon
donde las señas se hacian,
y D. Lope y su mujer
bajaban volando á la orilla.

A la fragata se pasan,
y allí la gente marina,
us su situacion escuchando,
les dá agradable acogida.

Y traerlos luego á España,
que es la mayor de las dichas.

